

El hermetismo de las sociedades secretas pretexto para la subversión

● Hacia los comienzos del 1825, los enemigos no tanto de la Independencia nacional, cuanto de los veteranos de la insurgencia a quienes consideraban ineptos en el mando y gobierno de la república, empezaron a confabularse intuitivamente. Unos, como don Lucas Alamán, crecían en la en la logicidad continuativa del orden administrativo del virreinato. Otros, acaudillados por don José Ma. Fagoaga, proyectaban el regreso a la monarquía mexicana. Los terceros, esperaban el resurgimiento de la clase proletaria apoyada por los españoles residentes en el país; y existía una minoría que seguía fiando en la vuelta del imperio español, y que no dejaba de ser un peligro para el partido independiente.

Tales descontentos acrecentaban despechos y apetitos conforme progresaba la fuerza política de los insurgentes; pues la insurgencia adquiría los vuelos de partido gobernante y con esto ganaba el apoyo popular.

Los mexicanos comenzaban a advertir los bienes de la Independencia, que si no eran muchos sí constituían el meollo de la autonomía. Los párrocos hallaban un camino libre hacia su mejoramiento, advirtiendo que ya no dependían del mando eclesiástico peninsular.

En el ministerio y el Congreso el ser español quedó excluido. La justicia ya no correspondía en su totalidad a las leyes de España. Los estancos, casas de moneda, comercios y minas pertenecían al libre juego.

El presidente Victoria, si no tenía ilustración, ni caracterizaba la suntuosidad, ni la exagerada solemnidad, vivía en la modestia y alentaba la tolerancia, de manera que no pre-

sentaba blanco a las ambiciones políticas. Todo en él era cordura y lealtad al partido de la insurgencia. Los únicos lados flacos del presidiado victoriano estaban en el candor y poca experiencia política de los ministros, y en los extremos propios de principiantes, seguidos por algunos diputados.

Todo esto, no bastaba para alimentar una subversión del orden ¹⁶². Buscóse así un motivo capaz de conmover a la precaria opinión pública. Tal motivo fue hallado en la existencia de sociedades secretas. Estas, por las formas misteriosas en que se desenvolvían y por tener los visos del complotismo clásico, así como por no poder defenderse dado su hermetismo, resultaron las más a propósito para dar forma a la calumnia, al temor y a la venganza; pero sobre todo, para que el contrario utilizara con grandes afectos las venenosas saetas dirigidas al partido de la insurgencia.

Esas sociedades no eran nuevas en México ni en el mundo; pero sí constituía una novedad aprovecharlas a manera de volcanes políticos en erupción, atribuyéndoselas, ya fines antirreligiosos, ya propósitos conspirativos. En el país tales agrupamientos correspondían a la masonería universal, y se derivaron de la organización dirigida por la gran logia de Inglaterra que invadió al mundo con sus ideas de hermandad, sus proyectos de estudios y sus especulaciones históricas ¹⁶³.

México no pudo escapar al proselitismo masónico mundial, sobre todo después de la Independencia cuando empezaron a experimentarse las virtudes de la libertad. Además, no poseyendo el país tradición cultural, las sociedades masónicas constituyeron medios para el desarrollo intelectual. El debate era la gimnasia del talento en el seno de las logias ¹⁶⁴; y ello era explicable, puesto que no existían otros centros de instrucción ni de controversia, toda vez que el Congreso vivía dentro de otras preocupaciones. Por otra

¹⁶² Cf. Alamán, ob. cit., 767 y ss.

¹⁶³ Vide, Samuel Prichard, *Masonry Dissected*, Edimburgo, 1818

¹⁶⁴ Mora, ob. cit., xii y ss.

parte, la Independencia había hincado un clima de generosidad social, y de aquí que las logias masónicas se volvieran hacia la caridad y el apoyo mutuo.

No obstante, pues, que tales sociedades tenían historia virreinal y don Fausto de Elhuyar estaba considerado como decano de las mismas¹⁶⁵, sólo a partir del triunfo del partido insurgente fue cuando se desató la tempestad sobre ellas.

Utilizada a manera de *boomerang*, la primera víctima de la masonería fue don José Ignacio Esteva, secretario de Hacienda en el gabinete del presidente Victoria. Esteva era el punto débil de los colaboradores directos del Presidente, tanto por ser el leal amigo de éste, como por atribuírsele la responsabilidad de la escisión ocurrida en el seno de las logias que en su origen correspondían al rito escocés, y después parte de las mismas se agregaron al rito yorkino, que en el fondo no era desemejante al escocés, puesto que ambos formaban en la logia central de Inglaterra¹⁶⁶.

A Esteva se le concedía grande y definitivo influjo sobre Victoria; pero como éste tenía las consideraciones de un santo de la Independencia y mucho cuidaba los enemigos de la insurgencia hacerle objeto de sus dardos venenosos, cargaron primero sobre Esteva y después sobre el otro puntal victoriano: don Lorenzo Zavala. A Esteva se le acusó de ignorante e incapaz; a Zavala de intrigante y locuaz. Sin embargo, si Zavala era una de las más notables figuras de la política de esos días en las que brillaba por su fulgurante talento y acreditada erudición, Esteva, sin poseer las cualidades de aquél, pues era un modesto comerciante, albergaba, en cambio, todas las virtudes de la amistad, y así formaba entre el andamiaje más resistente del partido insurgente¹⁶⁷.

¹⁶⁵ José Ma. Roa Bárcenas, *Obras*, Méx., 1902, t. iv, p. 30

¹⁶⁶ Cf. Meade, *ob. cit.*

¹⁶⁷ R. Estes, "The Life of Lorenzo de Zavala", Austin 1942, Ms. p. 121 y ss.

Dióse tanta beligerancia a las logias que la sociedad les tuvo horror y para el vulgo, repetido más el sentimiento de éste que la realidad por los historiadores de la época, la masonería tomó las características de lo diabólico y todos los males que sufrió la república mexicana durante su infancia política se atribuyó a los masones ¹⁶⁸.

La masonería, pues, se hizo objeto de poderosas enemistades ¹⁶⁹, no obstante que el país le era deudor de un despertar intelectual y de las preocupaciones políticas. Todo esto precario, tanto de un pueblo en el que se hacían ensayos como por el temor de decirse masón, máxime que la masonería no sólo fue objeto de difamaciones políticas nacionales, sino que se convirtió en cuestión diplomática, llegándose a achacar al ministro noramericano Joel R. Poinsett el mando político en México al través de las sociedades secretas, cuya organización le atribuyeron ¹⁷⁰.

Sirvieron también las insidiosas noticias y murmureos inescrupulosos sobre la masonería, para sembrar el descrédito del partido insurgente, debilitar al presidenciado de Victoria, hacer omisión de la Constitución del 1824 y del espíritu de constitucionalidad, dividir a la primera pléyade política mexicana y marginar a hombres que hubiesen sido muy útiles a la patria en lugar de lanzarlos, como en el caso de don Lorenzo de Zavala, a caminos extraviados y contrarios al bienestar e integridad de México ¹⁷¹.

¹⁶⁸ Apud Banegas, 103 y ss.; vide, Bocanegra ob. cit., I, 390

¹⁶⁹ Amador, ob. cit., II, 330; Fernández, ob. cit., 121

¹⁷⁰ Webster, ob. cit., 508 y ss.; J. Morton Callahan, *American Foreign Policy*, N. York, 1932, p. 37 y ss.

¹⁷¹ Apud Esteps